



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 internacional

Clarín y la universidad: los editoriales del «gran diario argentino»
sobre la educación superior en el primer bienio de gobierno alfonsinista
Mauro Ezequiel Castro
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 5, N.º 3, diciembre 2019
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata

Clarín y la universidad: los editoriales del «gran diario argentino» sobre la educación superior en el primer bienio de gobierno alfonsinista

Mauro Ezequiel Castro
mauro.e.castro@gmail.com

Centro de Estudios en Historia / Comunicación / Periodismo / Medios (CEHICOPEME)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata | Argentina

Resumen

La universidad fue una de las instituciones más castigadas por las sucesivas Dictaduras cívico militares que tomaron el poder en la segunda mitad del siglo XX. En plena Guerra Fría, los gobiernos dictatoriales veían a las casas de estudio como ámbitos propicios para la difusión de «ideas subversivas», motivo por el cual intentaron, a través de diversos mecanismos, limitar la actividad política en sus aulas. Tras la derrota en la Guerra de Malvinas, hecho que implicó el declive definitivo del régimen de facto instaurado en marzo de 1976, las universidades retomaron su normal funcionamiento. Esa tendencia se profundizó con la recuperación democrática, en diciembre de 1983. En el presente trabajo buscaremos dar cuenta de ese proceso mediante el análisis de los artículos editoriales del diario *Clarín* durante los dos primeros años de gobierno alfonsinista. Procuraremos determinar, a través del uso de diferentes categorías, cuáles fueron, desde la óptica editorial del matutino porteño, las problemáticas y desafíos que afrontaron las casas de estudio en los albores de la democracia.

Palabras clave

universidad, Dictadura, democracia, periodismo

En el presente trabajo analizaremos el discurso editorial del diario *Clarín* referido a la universidad durante los dos primeros años de gobierno de Raúl Alfonsín (10/12/83-10/12/85). Nuestro objetivo será identificar qué problemáticas relacionadas con el mundo universitario jerarquizó el matutino porteño en su espacio editorial y determinar qué estrategia comunicacional desplegó para generar sentidos en torno a las temáticas analizadas.

Fundamentos teóricos

Para llevar adelante nuestro análisis partiremos de considerar al matutino *Clarín* como un «actor político de naturaleza colectiva» (Borrat, 1989, p. 10) cuyo objetivo es influir sobre los distintos agentes que detentan y ejercen el poder: los tres poderes del Estado, las Fuerzas Armadas, los sindicatos, las organizaciones sociales, etc. Cabe remarcar que la propia universidad representa un actor político de especial predicamento en la Argentina, sobre todo en el inicio del período democrático en 1983, tal como se encargará de subrayar *Clarín* en su sección editorial durante los primeros dos años de gobierno alfonsinista.

Tomaremos como unidades de análisis los artículos editoriales, que representan la voz institucional, la mirada de cada medio de comunicación sobre la realidad política, económica y social. Sobre la base de lo señalado en el manual de estilo del diario *La Nación*,¹ es importante recordar que aquellos periódicos que cuentan con una sección editorial, donde el director o editor del medio «expresa su opinión sobre temas de interés para la comunidad», «poseen, por lo común, una mayor influencia sobre la opinión pública y los poderes oficiales y privados» (Hornos Paz & Nacinovich, 1997, p. 25).

De modo más sintético, Héctor Borrat (1989) concibe a los editoriales como «la opinión del periódico respecto a cualquier tema», motivo por el cual su publicación involucra «institucionalmente al propio periódico» (p. 138). En esa línea, José Luis Martínez Albertos (1983) apunta que «es obligación de los editorialistas pensar y escribir como si fueran la conciencia del periódico» (p. 244).

Para llevar a cabo el análisis de los editoriales tomaremos como referencia la clasificación propuesta por Raúl Rivadeneira Prada (1977), que identifica siete estilos: combativo, explicativo, expositivo, crítico, admonitorio, predictivo y apologético.²

Clarín: breve reseña histórica

Fundado por Roberto Noble, *Clarín* salió a las calles por primera vez el 28 de agosto de 1945. El matutino irrumpió en un mercado periodístico dominado por *La Prensa*, *La Nación* y *El Mundo*.

A comienzos de la década del cincuenta tuvo su primer crecimiento, debido en parte a la intervención del diario *La Prensa*, férreo opositor al peronismo; tras esa medida, muchos de sus lectores se refugiaron en las páginas del diario de Noble. A ello se sumó la construcción de un público propio, compuesto genéricamente por la «clase media asalariada y obrera», sector que comprendía a «tradicionales clientes de los diarios de formato menor y cubrimiento informativo con amplia inclusión de temas deportivos y servicios referidos a la vida diaria y a cuestiones gremiales y con comentarios políticos» (Díaz, 2011, p. 161).

La consolidación económica de *Clarín* se produjo durante la presidencia de Arturo Frondizi (1958-1962). Como explica César Luis Díaz (2011), «el rasgo más distintivo de este periódico fue su adhesión al ideario desarrollista y a sus representantes, posición que mantuvo hasta los años 80» (p. 161). Ese apoyo a Frondizi se tradujo en importantes beneficios para el diario, entre los que se contaban el otorgamiento de créditos y la preferencia en el reparto de la publicidad oficial.

Tras la muerte Noble, en 1969, la dirección de *Clarín* quedó a cargo de su esposa, Ernestina Herrera de Noble. A principios de 1982, la nueva directora tomó una determinación que implicaría un viraje significativo en la política editorial del diario: echó a todos los directivos que tenían vínculos con el desarrollismo. Con la impronta de Héctor Magnetto, actual director ejecutivo

del Grupo Clarín, el diario inició un período caracterizado por su posicionamiento político oscilante, ajustado siempre a sus intereses económicos y a sus negociaciones con los distintos gobiernos.

En los días previos al Golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, el periódico porteño recurrió a la estrategia del «silencio editorial» (Díaz & Passaro, 2002), aunque una vez concretada la toma del poder por parte de las Fuerzas Armadas adoptó un discurso de corte apologético, convirtiéndose en uno de los exponentes del «periodismo hermesiano» (Díaz, 2011), aquel que actuó prácticamente como portavoz del poder golpista.

En 1989, *Clarín* compró Canal 13, operación que significó el surgimiento del *Grupo Clarín*. A partir de 1995, durante la presidencia de Carlos Menem, el grupo empresario registraría un crecimiento vertiginoso mediante la adquisición de radios, de canales de televisión y de medios gráficos en todo el país.

En el apartado «Bases de política editorial» de su manual de estilo, el matutino de mayor circulación del país alimenta la construcción discursiva referida a su «independencia» respecto de cualquier actor político:

Clarín es un diario independiente, comprometido con las producciones culturales y el trabajo de los argentinos que marcan nuestra identidad como nación y contribuyen al desarrollo de una sociedad solidaria y justa. Promueve la libertad de expresión, el pluralismo y el fortalecimiento de las instituciones que sustentan el régimen democrático [...] Clarín rechaza toda presión política, económica, religiosa, ideológica o de cualquier otra naturaleza. La función de la prensa independiente en la sociedad es informar. Dar cuenta de lo que sucede con la mayor precisión y veracidad que sea posible lograr con el saber profesional y las disponibilidades tecnológicas del periodismo moderno. Esta función es a su vez un derecho, el derecho de informar que responde al derecho del ciudadano de saber (*Clarín*, 1997, pp. 19-20).

La universidad y el poder político y militar: tensiones, avances y retrocesos

A los fines de que el análisis resulte más provechoso, conviene realizar previamente un repaso por los hechos más significativos referidos a la relación entre las universidades y el poder político y militar a partir de la segunda mitad del siglo XX.

Desde la década del cincuenta se produjeron acontecimientos políticos en el plano internacional que desataron la rebelión en diversos ámbitos de la vida nacional, entre ellos el universitario. Es posible reconocer en ese proceso la influencia de la Revolución Cubana (1959), la descolonización en el continente africano y el Mayo Francés (1968), entre otros. En el plano local, la vida política estuvo signada por el Golpe de Estado de 1955 que llevó al poder a la autodenominada «Revolución Libertadora» y por la consiguiente proscripción del peronismo.

En plena Guerra Fría, la politización de la vida universitaria hizo que los gobiernos dictatoriales intentaran a través de diversos mecanismos limitar la actividad política estudiantil con el propósito de frenar el avance del comunismo. La universidad fue uno de los blancos predilectos de la Dictadura que se inició en 1976 «en virtud de que el imaginario social de entonces reconocía una relación simbiótica entre universidad y subversión» (Passaro, 2009), reforzada por el discurso de los medios masivos que apoyaron el accionar militar (Díaz & Passaro, 2002).

Pero esa política represiva registraba antecedentes. Durante la autodenominada «Revolución Argentina», el general Juan Carlos Onganía decretó la intervención de las universidades y de ese modo avasalló el principio de autonomía consagrado en la Reforma de 1918. La medida adoptada el 29 de julio, un mes después del derrocamiento del radical Arturo Illia, desató las protestas de la comunidad universitaria y derivó en la primera represión del dictador contra universitarios conocida como «La noche de los bastones largos». Este ataque a la autonomía provocó la renuncia masiva de profesores e investigadores (Passaro, 2009).

Desde el punto de vista normativo, el congreso sancionó la Ley Orgánica de las Universidades Nacionales (17245/67), que entre otras medidas orientadas a limitar la actividad política en las casas de estudios dispuso «la restricción de la autonomía académica, la prohibición de toda actividad política, la exclusión de la participación estudiantil a través del voto en los consejos superiores y las primeras propuestas para arancelar la educación superior» (Passaro, 2009).

Después de casi siete años de Dictadura, el triunfo de la fórmula integrada por Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima en las elecciones presidenciales de 1973 produjo un rotundo viraje en la política oficial con respecto a las universidades. Bajo la gestión de Jorge Taiana en el Ministerio de Educación, el peronismo sancionó, con la firma del general Juan Domingo Perón como presidente de la Nación, la ley 20.654 que reemplazó a la Ley Orgánica de las Universidades. La nueva norma consideraba a la universidad «como un ámbito de producción de saber que debía estar al servicio de la comunidad y defender los intereses nacionales» (Passaro, 2009). El texto destacaba que las universidades debían realizar «aportes necesarios y útiles al proceso de liberación nacional» y «contribuir a la solución de los grandes problemas argentinos».³ En otro de sus puntos centrales, instauraba el régimen de ingreso irrestricto al exigir como único requisito «tener aprobados el ciclo de enseñanza media o aquellos estudios que permitan deducir una capacitación equivalente al mismo» (art. 35).⁴

La muerte de Perón, el 1 de julio de 1974, y la llegada a la presidencia de su viuda, María Estela Martínez de Perón (Isabel), produjo un nuevo retroceso en materia de políticas universitarias. En un contexto de radicalización y creciente violencia política, el gobierno se propuso llevar adelante una tarea de «purificación» de las universidades (De Riz, 2000, p. 148) para convertir a las casas de estudios en instituciones cuyo objetivo fuera «la formación de profesionales que no cuestionaran el statu quo sino que, por el contrario, lo reprodujeran» (Passaro, 2009). Los rasgos de este período fueron el éxodo masivo de docentes y la prohibición de la actividad política en los claustros, a los que se agregó la presencia de grupos parapoliciales, paramilitares y de extrema derecha en los pasillos de las Facultades.

Esas medidas se profundizaron tras el Golpe del 24 de marzo de 1976. Para llevar adelante su plan de exterminio, el autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» (1976-1983) se propuso desarticular el entramado social democrático a través de la «depuración y rearticulación» de los aparatos ideológicos del Estado. Una de las claves de esa estrategia fue el control absoluto que la Dictadura ejerció sobre las universidades y, en términos más amplios, sobre el campo de la educación (Duhalde, 1999).

El 29 de marzo de 1976, la Dictadura sancionó la ley 21.276, que implicó un control total sobre las casas de estudios al prohibir en ellas «toda actividad que asuma forma de adoctrinamiento, propaganda, proselitismo o agitación de carácter político o gremial, docente, estudiantil y no docente». Además, dispuso interventores militares en todas las universidades.

Para justificar ese avance sobre las universidades, la Junta Militar argumentó que las casas de estudios se habían conformado como uno de los principales organismos de «adoctrinamiento de subversivos» (Buchbinder, 2010, p. 208). Partiendo de esa base, se propuso impulsar una «profunda reestructuración del conjunto universitario» que sólo podía llevarse a cabo mediante la «represión y desarticulación de las organizaciones políticas y gremiales». La faceta más explícita de ese plan fue el despido masivo de docentes y la expulsión de estudiantes, aunque también se ejecutaron políticas tendientes a «reducir las dimensiones del sistema» universitario, entre las que se contaron el cierre de carreras, la fijación de cupos cerrados y el arancelamiento de la educación universitaria. Se trataba «no sólo de controlar estrictamente la actividad de los universitarios sino también de achicar las universidades» con el propósito de «desterrar la actividad política», considerada por el régimen castrense como «un elemento altamente corruptor de la vida académica» (Buchbinder, 2010, p. 209).

La derrota en la Guerra de Malvinas, en 1982, aceleró la retirada de los militares y el llamado a elecciones. En ese contexto, a pesar de la vigencia del estado de sitio, se retomó la actividad política en las universidades.

La universidad y la crisis productiva del país

A partir del análisis de los editoriales publicados durante el primer bienio de gobierno alfonsinista referidos a la universidad –un total de 24 entre diciembre de 1983 y diciembre de 1985–, podemos señalar en primer lugar que desde la óptica del diario *Clarín* las múltiples problemáticas⁵ que afectaban a la educación superior respondían a una causa primaria: la situación de «atraso» y de «estancamiento» que atravesaba el país en su conjunto, producto de las políticas económicas impulsadas durante «los últimos lustros» (ya volveremos sobre esta delimitación temporal, pues resulta esclarecedora respecto de la responsabilidad que le asignaba *Clarín* a los gobiernos tanto democráticos como dictatoriales en esa crisis productiva). Podemos suponer que esta lectura «economicista» de la crisis universitaria respondía a la línea editorial identificada con el desarrollismo adoptada por *Clarín* a fines de la década de 1950.⁶

Mediante la combinación de los discursos editoriales *combativo*, *explicativo* y *admonitorio*, el matutino construyó a lo largo del período relevado una arquitectura argumental destinada a plantear que la modernización de la enseñanza universitaria y la reconstrucción del aparato productivo debían ser procesos íntimamente vinculados entre sí, pues, como remarcaba en una de sus notas editoriales, «la Universidad no es un problema específico para sus inmediatos interesados, sino una cuestión de importancia fundamental para la sociedad en su conjunto» (*Clarín*, 15/08/1984). Incluso aquellos editoriales en los que abordaba el debate sobre el ingreso irrestricto,⁷ de enorme trascendencia en la discusión sobre políticas universitarias por aquellos años, estaban subordinados a aquella problemática: las modalidades de ingreso y el curso introductorio instaurado por la UBA eran para *Clarín* discusiones importantes, aunque no urgentes: lo verdaderamente necesario era determinar primero qué función debía cumplir la universidad en aquel contexto.⁸

Los editoriales advertían que la universidad estaba dissociada de las necesidades productivas y de la estructura económica nacional, problemática habitual en aquellos países «donde impera el subdesarrollo» (*Clarín*, 02/12/1985). En tono *explicativo* y *combativo*, el matutino se

refería a esa problemática de diferentes formas: por caso, aludía al «desajuste que se ha venido produciendo en los últimos lustros entre la enseñanza universitaria y el aparato productivo nacional» (*Clarín*, 08/08/1984), al «divorcio entre universidad y realidad nacional» (*Clarín*, 15/08/1984); y también podía referirse al «crónico desencuentro entre la estructura productiva de nuestra sociedad y el sistema de enseñanza universitaria» (*Clarín*, 03/09/1985).

El imprescindible proceso de modernización de la enseñanza universitaria que el diario aquí examinado reclamaba, por lo tanto, debía estar sustentado por la reconstrucción del aparato productivo. La adopción de determinadas políticas educativas no resultaba suficiente para superar la crisis ya que «es el país entero el que debe proponerse un nuevo modelo en el que la Universidad juegue también un papel constructivo» (*Clarín*, 22/08/1984). En la misma línea, *Clarín* subrayaba con estilo *admonitorio* que «todo cambio que aspire a transformar en un organismo pujante y eficaz a nuestras alicaídas universidades deberá tener como marco inexcusable de referencia la relación de éstas con la estructura productiva del país» (*Clarín*, 23/10/1985), razón por la cual exigía desde su página editorial que «tanto por parte de las universidades como de los dirigentes industriales surja una clara conciencia de la necesidad de vincular la investigación con la producción» (*Clarín*, 23/10/1985), al reclamar medidas por parte de la dirigencia industrial, el periódico incorporaba a su análisis al empresariado, lo cual demuestra que la universidad y el Poder Ejecutivo no eran los únicos actores políticos a los que les exigía acciones para superar la crisis.

Por las razones consignadas en los párrafos anteriores, el matutino llamaba a evitar la «ilusión engañosa de encarar la modernización universitaria al margen de la correspondiente modernización del aparato productivo de la sociedad» (*Clarín*, 02/12/1985).

Para *Clarín*, la relación entre ambos fenómenos –la crisis universitaria y el atraso económico– era tal que utilizaba prácticamente los mismos términos para enunciarlos. Así, al tratar la cuestión universitaria alertaba sobre la «decadencia» de la educación superior y denunciaba el «empequeñecimiento», el «achicamiento presupuestario» en las casas de estudios e incluso el

«deterioro generalizado de todo el sistema educativo nacional» (*Clarín*, 31/07/1984), respecto a la situación económica, hablaba del «achicamiento generalizado de nuestro aparato productivo» y de la «ausencia de todo plan de crecimiento y desarrollo armónico de nuestra Nación» (26/7/84), del «estancamiento generalizado de la economía» y del «retroceso en sus sectores más avanzados» (*Clarín*, 31/07/1984); del «deterioro generalizado de la economía» (*Clarín*, 17/10/1984), y del «estado de postración económica y social» del país (*Clarín*, 22/08/84).

En paralelo a ese desalentador diagnóstico, el periódico fundado por Noble efectuaba constantes llamados a impulsar políticas educativas y económicas que condujeran a las universidades y al país en su conjunto hacia la «modernización impostergable», el «crecimiento», el «despegue» y la «reconstrucción».

Expondremos, a continuación, cuál era el impacto concreto que, para el matutino, tenían en la comunidad universitaria esa desconexión entre la educación superior y el aparato productivo y la crisis de fondo en la que se encontraba sumergido el país.

Carreras «prioritarias» y «fuga de cerebros»

¿Qué consecuencias tenía para la universidad, además de las evidentes deficiencias presupuestarias, el estancamiento económico de la Argentina y su atraso en términos productivos respecto de las naciones desarrolladas? Señalaremos de modo sintético dos problemas a los cuales *Clarín* les dedicó un espacio significativo en su página editorial.

El primero de ellos era la «sobreabundancia» de graduados de carreras tradicionales, es decir, «profesiones liberales», «con poca o nula relación con las necesidades de la producción» (*Clarín*, 12/10/1984), tales como medicina,⁹ ciencias económicas y abogacía, en detrimento de las carreras «técnicas», necesarias para potenciar las fuerzas productivas (mineras, rurales, industriales) del país y maximizar el aprovechamiento de sus recursos.

Sobre esa problemática editorializaba en «Elección de carreras» (*Clarín*, 13/06/1985), artículo *explicativo* en el que examinaba, con datos oficiales, el perfil de los ingresantes a la UBA y, ante la preferencia de los alumnos por las llamadas carreras tradicionales, concluía que «los patrones de elección profesional actuales responden exactamente al perfil subdesarrollado del país», puesto que aquellas carreras vinculadas con «el desarrollo científico y tecnológico y la modernización» ofrecían, frente a la crisis del aparato productivo, posibilidades laborales prácticamente nulas.

En igual sentido, advertía que «la no incorporación a la enseñanza de los adelantos científicos y pedagógicos que ya son comunes en los países de más alto desarrollo se agregó a una obstinada orientación de los programas y de las carreras hacia metas profesionales con escaso correlato en el aparato productivo» (*Clarín*, 13/06/1985), circunstancia que tampoco escapaba a patrones culturales fuertemente arraigados en nuestro país que determinaban que la elección de determinadas carreras implicaba para los estudiantes la esperanza de un ascenso social.¹⁰

Sobre la necesidad de tender un puente entre la universidad y las necesidades económicas del país, expresaba en tono *admonitorio*, como señaláramos anteriormente, que «las reformas específicas en el sector universitario solo adquirirán eficacia si son tomadas en el contexto de un proyecto integral de crecimiento del país y en estrecha relación con sus objetivos» (*Clarín*, 31/07/1984). Ambos procesos de modernización debían desarrollarse en simultáneo, pues, como explicaba el matutino en otra nota de igual sesgo editorial, «por una parte es necesario adecuar el sistema educativo a las necesidades de los tiempos, promoviendo aquellas carreras vinculadas con la producción y el cambio tecnológico, y por el otro ello requiere, como sustento, un cambio drástico en el ordenamiento económico del país» (*Clarín*, 12/10/1984).

Con estilo *crítico* y *admonitorio*, *Clarín* subrayaba la necesidad de «proyectar un nuevo modelo de país» porque «está en juego el porvenir de la Argentina» (*Clarín*, 24/02/1985). En esa nueva configuración, la universidad debía transformarse «en una institución útil para la comunidad y para sus protagonistas».

Bajos salarios y perspectivas sombrías en cuanto al futuro laboral conducían a una segunda problemática: la emigración de profesionales, conocida como «fuga de cerebros», fenómeno al que el diario calificaba como «perniciosa sangría de cerebros y voluntades» (Clarín, 07/04/1985). Particularmente, grave era el caso de los ingenieros,¹¹ cuyo «tipo de actividad es el más directamente ligado al punto de modernización y de rendimiento económico de una sociedad»: por las «acentuadas deficiencias del aparato productivo» (Clarín, 08/08/1984), los graduados en esa disciplina se veían obligados a «exportar» sus conocimientos.

Como parte de su estrategia argumentativa, *Clarín* tomaba como ejemplo el caso de César Milstein,¹² científico argentino que había sido galardonado con el Premio Nobel de Medicina en 1984 y que no había encontrado en el país un marco propicio para desarrollar sus investigaciones,¹³ y recurría a la cita de autoridad al incluir en uno de sus artículos las palabras de otro premio Nobel argentino, Luis Federico Leloir, que había advertido que la universidad y la industria «pareciera que se desconfían entre sí» (Clarín, 27/10/1985), en alusión a las escasas posibilidades de progreso de los científicos formados en el país.

Existía una tercera problemática a la cual, aunque *Clarín* no le dedicó un espacio significativo en el corpus seleccionado, conviene analizar. Es aquella relativa al «costo», en un sentido estrictamente económico, de la crisis universitaria y del desfasaje de las casas de estudios respecto a las necesidades productivas del país. Si bien no lo consignaba en estos términos, la formación de profesionales que no resultaban útiles para el bien común representaba para el «gran diario argentino» un derroche de fondos públicos.

Tomaremos como referencia el editorial titulado, precisamente, «El costo de los graduados» (Clarín, 27/10/85), en el que *Clarín* se hacía eco de los resultados de un informe de la UBA que detallaba «los costos que demanda al erario la obtención de graduados en distintas carreras» y advertía con discurso *admonitorio* sobre «el alto costo que demanda la preparación de un graduado universitario, en definitiva financiado por todos los ciudadanos, sin que tenga una segura contrapartida en la realización de aquél ni en su utilidad para el bien común».

Podemos inferir que el discurso editorial de *Clarín* sobre la enseñanza universitaria estaba sustentado por una mirada «utilitaria», que concebía a la educación en términos de rendimiento y de productividad, mirada que relegaba al derecho a la libre elección de las carreras.

Por último, señalaremos que el matutino examinado también denunciaba con estilo *combativo* el deterioro de los edificios escolares y universitarios, y las carencias en materia de infraestructura que impedían el normal desarrollo de clases. Pero esta situación, lejos de constituir una problemática aislada, respondía, en sintonía con los artículos anteriores, al «atraso generalizado que sufre la Argentina y el retroceso que en los últimos años afectó a todos los aspectos de su vida» (*Clarín*, 20/07/1985).

Concepciones sobre la Dictadura

Como indicáramos al inicio, resulta importante analizar el discurso que construyó *Clarín* sobre la responsabilidad de la última Dictadura cívico militar en la crisis universitaria, aunque en este caso las representaciones en torno a lo que significó el último régimen de facto en ese campo no están dadas por lo que el matutino publicó en sus editoriales sino más bien por lo que omitió. Es necesario aclarar que la «herencia social» y las nefastas consecuencias económicas del programa de la Dictadura sí fueron jerarquizadas por el matutino en su sección editorial durante los primeros tres meses de gobierno democrático (Díaz & Giménez, 2019),¹⁴ aunque no es posible reconocer dicha construcción en los artículos que tenían como eje central a la universidad y que son aquellos que constituyen nuestro corpus de análisis.

Dicho de otro modo: el periódico capitalino vinculaba la crisis de las universidades con la retracción económica y productiva del país, aunque –si bien lo hacía en otros artículos que quedan fuera de nuestro campo de estudio– en las notas referidas a la educación superior no responsabilizaba directamente al último régimen cívico militar ni detallaba las consecuencias de su plan económico,¹⁵ en su lugar, optaba por señalar de modo *combativo* que a lo largo de «los últimos lustros» los gobiernos de distinto signo –tanto

democráticos como dictatoriales- habían instrumentado políticas que resultaron perjudiciales para el país y para sus aspiraciones de inserción en el mundo desarrollado.

Es que la construcción discursiva de *Clarín* respecto de las causas de la crisis del sistema educativo, en general, y universitario, en particular, no incluía un cuestionamiento explícito y taxativo al autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional», que había convertido a las casas de estudios en uno de los blancos predilectos de su política represiva por considerarlas focos de subversión.

Bajo la lupa editorial del diario, tanto los gobiernos constitucionales como los dictatoriales compartían responsabilidades en la crisis del aparato productivo, del sistema económico y, en consecuencia, de la enseñanza universitaria. De allí que el matutino ubicara al origen de esa crisis en «los últimos lustros», definición que, por su amplitud y por su falta de precisión, terminaba por difuminar responsabilidades concretas.

En sintonía con su identificación con el desarrollismo, *Clarín* recordaba que la última etapa de prosperidad en lo referido al campo de la investigación y de la industria había tenido lugar a fines de la década del cincuenta, durante la presidencia de Arturo Frondizi, exponente de esa corriente económica. Bajo esa gestión, resaltaba el matutino, la ciencia y la producción habían recibido un fuerte apoyo oficial a través de la creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) (*Clarín*, 27/10/1985).

Sin embargo, y aunque no apuntaba contra ningún espacio político en particular, no figuraban en su discurso institucional ninguna de las medidas dictatoriales para tomar el control de las universidades, cerrar carreras y limitar la actividad política en sus aulas. Aunque, en rigor, las políticas represivas hacia las universidades habían comenzado tras la muerte de Juan Domingo Perón, el último régimen cívico militar las profundizó a través de la persecución y el despido masivo de docentes, el cierre de carreras y el arancelamiento de la educación superior, entre otras medidas.

Un ejemplo concreto podía observarse en el artículo que celebraba la reapertura de la Universidad Nacional de Luján, clausurada en 1980, durante el último proceso militar. Si bien puntualizaba que aquella disposición había sido «una pieza más de un proceso de empequeñecimiento y decadencia del aparato universitario y del conjunto del sistema educativo», se limitaba a enunciarla como «una de las más cuestionables disposiciones del pasado Proceso de Reorganización Nacional en el área educativa» (*Clarín*, 30/01/1984). La referencia al «empequeñecimiento» corría el eje de las motivaciones políticas e ideológicas de dicha medida del régimen militar para ceñir el análisis únicamente al plano económico.

La excesiva medida con la que *Clarín* describía al cierre arbitrario de una universidad nacional resultaba llamativo no sólo por el papel que le asignaba a ese actor político en la recuperación del país sino porque la Universidad de Luján reunía una serie de características que el matutino juzgaba sumamente positivas y necesarias para que las casas de estudios pudieran sumarse a la reactivación productiva. Bajo el rectorado de Emilio Mignone, uno de los fundadores del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) y padre de una detenida-desaparecida, la Universidad de Luján había incluido carreras que se vinculaban con el desarrollo de la región. El propio medio destacaba esa particularidad,¹⁶ por lo que resulta aún más curiosa la ausencia de una condena enérgica de la medida dictatorial.

En el mismo editorial, el matutino de Noble realizaba una tibia crítica a esa política represiva y a su correlato en la vida universitaria: «La política económica y social llevada adelante por el pasado gobierno no dejaba lugar para la investigación libre, el pensamiento crítico o el disenso, a la vez que promovía el masivo desaprovechamiento de las potencias materiales y espirituales de la Nación».

En ambos casos, apelaba al discurso *combativo*, aunque con un enfoque y una terminología –se refería a la Dictadura como «el pasado gobierno»– que lejos estaba de reflejar cabalmente el impacto que había tenido en las universidades esa faceta represiva.

Conclusiones

A lo largo del presente trabajo, hemos analizado de qué forma el matutino *Clarín* combinó diferentes estilos editoriales para alertar desde su sección editorial sobre la crisis económica y productiva que atravesaba el país y sobre su consecuente impacto en el ámbito educativo y, más concretamente, en el plano universitario.

El periódico porteño recurrió al tono *admonitorio* para exigir a las autoridades educativas y políticas la toma de decisiones orientadas a establecer una sintonía entre las carreras universitarias y las necesidades productivas del país, bajo la premisa de que la universidad, actor político fundamental para el desarrollo nacional, debía encontrar en la estructura económica argentina un ámbito propicio para que sus egresados pudieran realizar una contribución efectiva para su crecimiento.

En la misma línea, el sesgo *combatiivo* apareció en aquellas notas institucionales en las que *Clarín* denunció la desconexión entre el campo de la ciencia, la investigación y la academia y el de la producción.

A través del estilo *explicativo*, por último, *Clarín* buscó indagar en las causas que habían llevado a la universidad y al país en su conjunto a una crisis compleja y profunda. Tal como consignamos a lo largo de este trabajo, mediante esa lectura el matutino acudió a la fórmula retórica de los «últimos lustros» y evitó mencionar las profundas secuelas que dejó en la educación superior la política represiva del último régimen cívico militar.

Cabe destacar, para finalizar, que el análisis editorial del periódico estuvo fuertemente atravesado por una mirada «economicista» de la crisis universitaria que puso el foco únicamente en sus consecuencias económicas. Por ese motivo bregó enfáticamente desde su página editorial para que la comunidad educativa y el poder político se ocuparan de definir con claridad cuál era el rol que debían jugar las casas de estudios para acompañar, desde su ámbito de actuación específico, el proceso de modernización que necesariamente debía encarar el país.

Referencias

Borrat, H. (1989). *El periódico, actor político*. Barcelona, España: Gustavo Gili.

Buchbinder, P. (2010). *Historia de las universidades argentinas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

Castro, M., Díaz, J. y López, J. (2018). El discurso editorial del diario La Nación sobre la Universidad en el último año del régimen militar (10/12/82–10/12/83). *Actas de Periodismo y Comunicación*, 3(3). Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/4833>

Castro, M. E. (2019). El discurso editorial de *La Nación* sobre la universidad en el primer año de la recuperación democrática (10/12/83). *Actas de Periodismo y Comunicación*, 4(3). Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/5441>

Clarín (1997). *Manual de estilo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Aguilar.

De Riz, L. (2000). *La política en suspenso 1966/76*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Díaz, C. L. y Passaro, M. (2002). Los mensajes del silencio: *El Día, Clarín* y el golpe de Estado de 1976. En C. L. Díaz, *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado* (pp. 169-188). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: La Crujía.

Díaz, C. L. (2011). *La Nación* y *Clarín* frente a la violencia política (1976-1980). Dos casos de periodismo hermesiano. En J. Saborido y M. Borrelli (Coords.), *Voces y silencios: la prensa argentina y la Dictadura militar (1976-1983)*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Díaz, C. y Giménez, M. (2019). La Argentina y la herencia social de la Dictadura durante los primeros cien días de Alfonsín según la óptica de Clarín. *Actas de Periodismo y Comunicación*, 4(2). Recuperado de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/5381>

Duhalde, E. (1999). *El Estado Terrorista argentino. Quince años después, una mirada crítica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Eudeba.

Hornos Paz, O. y Nacinovich, N. (1997). *Manual de estilo y ética periodística*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Espasa.

Martínez Albertos, J. L. (1983). *Curso general de redacción periodística: periodismo en prensa, radio, televisión y cine. Lenguajes, estilos y géneros periodísticos*. Barcelona, España: Mitre.

Passaro, M. (2009). Universidad y Dictadura en los editoriales de *La Nación*: representaciones discursivas de la universidad justicialista entre 1976-1981. Trabajo presentado en las *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, UNC, Bariloche.

Rivadeneira Prada, R. (1977). *Periodismo: la teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*. Ciudad de México, México: Trillas.

Ruiz, A; Oliver, S. y Marco, P. (2019). Normas para la presentación de originales científico académicos. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/77353>

Sivak, M. (2013). *Clarín. El gran diario argentino. Una historia*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Planeta.

Fuentes

El derecho a la alimentación (21 de diciembre de 1983). *Clarín*.

Esperada reapertura (30 de enero de 1984). *Clarín*.

Las consecuencias de una herencia (10 de marzo de 1984). *Clarín*.

Enfermedad social que se extiende (6 de junio de 1984). *Clarín*.

Médicos en la trampa (26 de julio de 1984). *Clarín*.

Universitarios: ¿para qué? (31 de julio de 1984). *Clarín*.

¿Ingenieros en exceso? (8 de agosto de 1984). *Clarín*.

Ingresar a la Universidad (15 de agosto de 1984). *Clarín*.

Universidad para la sociedad (22 de agosto de 1984). *Clarín*.

Universitarios y país (12 de octubre de 1984). *Clarín*.

Un Nobel para reflexionar (17 de octubre de 1984). *Clarín*.

La Argentina y el porvenir (24 de febrero de 1985). *Clarín*.

Para que no siga el éxodo (7 de abril de 1985). *Clarín*.

Elección de carreras (13 de junio de 1985). *Clarín*.

Viejos problemas edilicios (20 de julio de 1985). *Clarín*.

El futuro de los ingenieros (3 de septiembre de 1985). *Clarín*.

Universidad e industria (23 de octubre de 1985). *Clarín*.

El costo de los graduados (27 de octubre de 1985). *Clarín*.

Ciencia y producción (2 de diciembre de 1985). *Clarín*.

Notas

1 *Clarín* cuenta con su propio manual de estilo, aunque ese material no contiene una definición específica sobre la sección editorial.

2 Los editoriales *combativos* son aquellos que se utilizan para denunciar determinado hecho o situación; los *explicativos*, aquellos que procuran comprender un determinado fenómeno indagando en su causas; los *expositivos*, los que se limitan a reseñar hechos desde una posición pretendidamente objetiva, sin añadir, a priori, una carga valorativa; a través de los *críticos*, el periódico se arroga la representación de la opinión pública para opinar sobre la realidad desde una mirada presuntamente imparcial; con los *admonitorios*, el medio advierte sobre factores que ponen en riesgo la estabilidad del sistema y, al mismo tiempo, exige la adopción de medidas para preservar un determinado orden de cosas; los *predictivos* se usan para realizar diagnósticos a futuro; por último, los *apologéticos* son utilizados generalmente para elogiar las acciones de un gobierno (Rivadeneira Prada, 1977).

3 La ley fue sancionada el 14 de marzo de 1974 y promulgada el 25 de marzo del mismo año. En su artículo 1 establecía: «Las universidades nacionales son comunidades de trabajo que integran el sistema nacional de educación en el nivel superior con el fin de impartir enseñanza, realizar investigación, promover la cultura nacional, producir bienes y prestar servicios con proyección social y, haciendo los aportes necesarios y útiles al proceso de liberación nacional, contribuir a la solución de los grandes problemas argentinos».

Además, entre otros puntos, prohibía en el ámbito de la universidad «el proselitismo político partidario o de ideas contrarias al sistema democrático que es propio de nuestra organización nacional» (artículo 5), establecía que el gobierno y la administración de las universidades debían ser ejercidos «con la participación de todos los sectores de la comunidad universitaria» (art. 19) y garantizaba la libertad de cátedra (art. 37).

4 Aunque en el art. 36 aclaraba: «Sin perjuicio de lo establecido en el artículo precedente, se podrán exigir estudios complementarios o cursos de capacitación, antes de aceptar la incorporación de alumnos a determinadas facultades o unidades académicas equivalentes, departamentos o carreras».

5 Cabe aclarar que no todos los editoriales tenían como eje las problemáticas universitarias. Durante el período estudiado, *Clarín* también publicó, en menor medida, artículos que mencionaban, aunque de forma tangencial, el aporte de la universidad a la resolución de problemáticas concretas. Por caso, ponderaba el aporte de la universidad en materia de elaboración de informes, diagnósticos y contenidos referidos a problemáticas como la desnutrición y el hambre (Clarín, 21/12/1983) y la crisis sanitaria por la propagación de enfermedades como el Mal de Chagas (Clarín, 06/06/1984).

6 Según cuenta Sivak (2013), tras la frustrada experiencia del diario *El Nacional*, Frondizi quería contar con un diario aliado y encontró en *Clarín* una cuota de equilibrio que le permitiría «apoyar al gobierno en lo fundamental, en lo que realmente interesa, sin necesidad de hacer oficialismo o de batir parches a todo lo oficial» (p. 137). Durante su presidencia, el diario fue beneficiado con apoyo crediticio de distintos bancos para comprar máquinas y papel y para construir su nuevo edificio y también encabezó las preferencias gubernamentales en cuanto al reparto de la pauta oficial. El autor subraya que todas las medidas de la administración de Frondizi (incluso las que generaron que intelectuales de izquierda abandonaran sus filas, como el plan petrolero y la ley que facultaba a universidades privadas a emitir títulos habilitantes) contaron con el beneplácito de *Clarín*.

7 Este tema sí fue abordado extensamente en la sección editorial del matutino *La Nación* durante el último año de la Dictadura cívico militar y a lo largo del primer año de gobierno de Alfonsín. El periódico fundado por la familia Mitre mostró coherencia en ambos períodos al calificar al ingreso irrestricto como una política «demagógica» y «facilista» motorizada por grupos políticos ajenos a la vida universitaria (Castro, Díaz & López, 2018; Castro, 2019).

8 «[...] el problema del ingreso más o menos irrestricto debe ser un problema a analizar –en un orden lógico– en segundo término, cuando quede sentado con precisión cuál es la misión de la Universidad en un país que atraviesa una crisis sin precedentes en su historia y se proceda a su consecuente reorganización» (*Clarín*, 15/08/1984).

9 En uno de los editoriales referidos a esa problemática, cuestionaba con estilo *combatiivo*: «[...] la existencia de 70.000 médicos en actividad en un país donde se necesitaría un máximo de 40.000, mal distribuidos territorialmente y en una gran proporción con un bajísimo nivel de ingresos, constituye una muestra flagrante del fracaso de las estrategias económicas y universitarias aplicadas durante los últimos lustros pero, más aún, de la ausencia de todo plan de crecimiento y desarrollo armónico de nuestra Nación» (*Clarín*, 26/07/1984).

10 El matutino rechazaba esa tendencia al remarcar: «Muy lejos estamos de las épocas simbolizadas por Florencio Sánchez en "M'hijo el doctor", cuando el sueño dorado de todo inmigrante era ver convertido a su hijo en médico o abogado» (*Clarín*, 26/07/1984).

11 *Clarín* citaba un informe del Centro Argentino de Ingenieros que revelaba que de los 80.000 ingenieros recibidos con los que contaba el país en aquel momento solo trabajaba en su campo específico el 50 por ciento.

12 Milstein no solo debió luchar contra el estancamiento del país que señalaba con insistencia *Clarín*. Tras el derrocamiento de Arturo Frondizi en 1962, el presidente interino José María Guido intervino el Instituto Malbrán, donde Milstein se desempeñaba como jefe del departamento de Biología Molecular, y echó a sus principales colaboradores. En solidaridad con sus colegas, el científico oriundo de Bahía Blanca renunció a su cargo. La nota «Un Nobel para reflexionar» (*Clarín*, 17/10/1984) mencionaba a la «matriz política e ideológica» como una de las causas de la emigración de Milstein; al recordar la intervención del Malbrán, señalaba que «nunca quedaron muy en claro las motivaciones de tan abrupta medida». Empero, el foco del análisis estaba puesto en la crisis económica y productiva que atravesaba el país. En «Para que no siga el éxodo» (*Clarín*, 07/04/1985), el diario de Noble aludía escuetamente a la medida tomada durante el interinato de Guido al referirse a la «arbitraria intervención política en el importante instituto en el que se desempeñaba como investigador», aunque, una vez más, el análisis estaba centrado en la situación económica.

13 En «Un Nobel para reflexionar» (*Clarín*, 17/10/1984) señalaba: «El doctor Milstein, como tantos otros investigadores científicos y operadores culturales argentinos, se vio obligado a buscar posibilidades de realización profesional y personal, junto con los recursos imprescindibles, en un medio donde existían las disponibilidades financieras y donde también se valoraban en su exacta dimensión las actividades científicas. Y, como contrapartida de nuestra realidad, en un medio donde tales actividades podían ser aprovechadas e integradas en un marco generalizado de desarrollo y de aplicaciones concretas, tanto en los aspectos industriales y económicos como en beneficio de mejores condiciones sanitarias y de vida de la población». Meses más tarde, en «Para que no siga el éxodo» (*Clarín*, 07/04/1985), subrayaba en tono *explicativo*: «Las mismas razones que empujaron a Milstein a buscar un medio más positivo para su labor en otras tierras son las que alejaron del país a otro gran número de argentinos y que aún siguen provocando esa perniciosa sangría de cerebros y voluntades. Ellas surgen de la crisis generalizada de toda nuestra actividad productiva y de sus graves repercusiones sobre toda nuestra estructura social». En el mismo artículo, ampliaba con discurso *explicativo y admonitorio*: «Nuestro país pierde a tantos buenos científicos y técnicos porque ha perdido desde hace muchos años la capacidad de utilizarlos y de integrarlos en el quehacer colectivo. La parálisis y el retroceso de ese quehacer son los que deben ser revertidos para que las nuevas generaciones de científicos y técnicos no tengan que definirse, frente a la misma opción, como lo hicieron las generaciones anteriores» (*Clarín*, 07/04/1985).

14 Por caso, en el editorial «Las consecuencias de una herencia» (*Clarín*, 10/03/1984), publicado a pocos meses de la asunción de Alfonsín, *Clarín* efectuaba un duro diagnóstico sobre la situación del país al enumerar: «Una economía casi arrasada, una deuda externa que condicionará la vida social por mucho tiempo, una guerra perdida y hondas heridas causadas con la violación de muchos derechos elementales» (Díaz & Giménez, 2019, p. 18). Como bien señalan los autores, la preocupación por las consecuencias del plan económico de la Dictadura evidenciadas durante los primeros cien días de alfonsinismo resultan coherentes con las críticas efectuadas por el matutino durante el transcurso mismo del régimen cívico militar. Es que si bien *Clarín* había apoyado firmemente las políticas represivas de la Dictadura, convirtiéndose en uno de los exponentes del «periodismo hermesiano» (Díaz, 2011), ese respaldo tenía un único punto de discrepancia que era, precisamente, el rumbo del programa económico definido en 1976.

15 En «El derecho a la alimentación» (21/12/1983), *Clarín* advertía sobre las condiciones de extrema pobreza que atravesaba «buena parte de la población», escenario que configuraba «una vergüenza en la Argentina». El artículo incluía una crítica más o menos explícita a la Dictadura: recordaba que la problemática del hambre había sido «reiteradamente negada por funcionarios del gobierno anterior». Empero, la nota no constituye una excepción a lo que planteamos, pues, aunque mencionaba que un panel de especialistas de distintos rubros había analizado la problemática en un panel organizado por la Universidad Católica Argentina, lo cual daría cuenta de la participación de las casas de estudios en los debates de relevancia para el país, el editorial no giraba específicamente en torno al rol de la universidad.

16 «La nueva casa de estudios se distinguió netamente de las demás de su tipo por desarrollar carreras no tradicionales, ofreciendo preparación en campos como la tecnología de alimentos, administración de empresas, agronomía, minoridad y familia, tecnología educativa, historia y museología. El objetivo planteado entonces era articular la vida universitaria con las necesidades de su zona de influencia, formando los técnicos y profesionales requeridos por las actividades productivas del área» (*Clarín*, 30/01/1984).